



PRESENTACIÓN DEL SEÑOR – CLAUSURA DEL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA

Concatedral de S. Nicolás 2 de Febrero de 2016

El encuentro de Jesús con Simeón y Ana en el templo de Jerusalén, que acabamos de escuchar en el Evangelio de S. Lucas, aparece como el símbolo de una realidad más grande y universal: la Humanidad encuentra a su Señor. Hemos oído las palabras del profeta Malaquías que preanunciaba este encuentro. Hemos oído a Simeón reconocer en Jesús al Mesías esperado, y proclamarlo Salvador y luz del mundo. Nosotros estamos invitados, como el anciano Simeón, por el don de la fe, a reconocer a Cristo como luz y salvador de cada uno de nosotros y del mundo entero.

Hace, no llega a dos meses, que celebrábamos la clausura del Concilio Vaticano II, allí el documento fundamental precisamente comienza con la solemnidad de esta afirmación, de estas palabras: “Cristo es la luz de los pueblos” (*Lumen Gentium*). La Iglesia, como su Señor, está llamada a ser luz de las gentes: por la escucha y acogida del Evangelio, por traernos la Salvación en la celebración de los Sacramentos, por sus obras de amor, por su servicio a la Humanidad. Y en el seno de la Iglesia hay unos miembros singulares que viven y profesan, consagrados, la radicalidad del Evangelio, en sus muy variadas formas de vida consagrada que el Espíritu Santo ha suscitado y sostiene en medio de nosotros.

Son quienes tienen en este día, a la luz del Evangelio de hoy, la fiesta propia de la Vida Consagrada, que hoy, en el marco del Jubileo de la Misericordia, celebra la Clausura de su Año Jubilar propio, dispuesto por el papa Francisco, que se inició el

30 de Noviembre de 2014, primer domingo de Adviento y que finaliza este día, 2 de Febrero de 2016, fiesta de la Presentación del Señor.

Un Año vivido por los consagrados en gozosa comunión eclesial en el que habéis sido invitados a ser “profetas del amor de Dios” y a que la misma vida consagrada sea “profecía de la misericordia”. Un Año durante el cual hemos tenido ocasión de reflexionar sobre tantos hombres y mujeres que viven con generosa alegría y vocación de servicio su carisma específico, y que forman parte del tesoro máspreciado de la Iglesia.

En nuestra Diócesis de Orihuela – Alicante son abundantes las personas consagradas, así como los religiosos que en su fecunda historia han sostenido congregaciones diversas, con huellas imborrables de mártires y santos por toda nuestra geografía. Hoy siguen siendo múltiples los ámbitos sostenidos por religiosos, por personas consagradas: monasterios, santuarios, iglesias, escuelas, residencias de todo tipo que atienden y acogen personas en diversas necesidades, locales y comunidades en barrios ciudadanos, por no hablar de los misioneros que hacen una labor eclesial y humanitaria impagables en países lejanos.

El papa Francisco les ha recordado a los consagrados: “Tanto si vuestro carisma está más orientado a la contemplación como si lo está a la vida activa, siempre estáis llamados a ser expertos en Misericordia”.

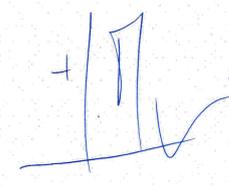
El Señor conceda a todos los consagrados y consagradas de nuestra Iglesia el ser testigos infatigables de ese Amor que el mundo olvida y que, en cambio, tanto necesita. Profetas de la misericordia y profetas del amor de Dios que se nos ha manifestado en Jesucristo, el primer consagrado al Padre, y con el que los consagrados se identifican en su forma de vida y en sus gestos inconfundibles, llenos de caridad, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, vistiendo al desnudo, acogiendo al forastero y asistiendo a los enfermos, visitando a los presos

en las múltiples cárceles existenciales y dando sepultura a los que mueren y pasan de este mundo a Padre.

El Señor, nuestro Salvador, os haga profetas y profecías de ese amor misericordioso y tierno, lleno de compasión que sabe dar consejo a quien lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir a quien se equivoca, consolar al triste, perdonar siempre las ofensas recibidas, soportar con paciencia a las personas molestas, y orantes que no desfallecen en la intercesión ante Dios por los vivos y por los difuntos.

Estamos en la casa de María, nuestra madre, su imagen que nos preside nos lo recuerda, que ella nos mire con sus ojos misericordiosos, que ella nos presente, como hizo con Jesús, al Padre. Que especialmente nos de palabras para rezar en esta Eucaristía con profunda alabanza y gratitud por ese gran don que son para todos nosotros, para la Iglesia, nuestros hermanos y hermanas consagrados.

Que ella interceda por ellos, especialmente en este día, y les consiga la paz de corazón, el gozo de ser ofrenda grata a Dios, de ser testigos y sembradores de su amor y misericordia. Que interceda por todos los que aquí nos reunimos en esta Eucaristía para que ésta sea profecía y prenda del encuentro eterno con el Señor. Así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante